

los aldeanos, y su grito triste, de noche, se cree presagio de toda especie de desventuras. En el hueco del ventano, donde los monstruos y las alimañas quiméricas se retuercen en los capiteles, incubó sus huevos la sombría pájara nocturna. Cuando salieron los polluelos, blanquísimos, voraces, la pájara se echó á cazar, y les trajo diariamente carne fresca de ratón ó de paloma. Era la caza que tenía más á mano, y la que más lisonjeaba el apetito de los pequeñuelos. Sorprendimos á la familia y nos apoderamos de dos pollos, que parecían bolas de nieve por su blancura extraordinaria; sería más exacto aún compararlos á dos enormes borlas de cisne para polvos de arroz. Sus ojos redondos, negrísimos, no veían. Su cara cómica era una visión de Goya, una pesadilla extraña. De tiempo en tiempo exhalaba el lúgubre chillido que sugiere ideas extramundanales. — Sin darnos cuenta del objeto con que ejercitábamos tan peregrina obra de misericordia, nos dedicamos á criar á los lechuzos. No salían baratos: era preciso mantenerlos á fuerza de carne y de pescado, que engullían ávidamente. Pero ni envolviéndolos en algodón en rama, ni atracándolos de ternera cruda, conseguimos que olvidasen su libertad salvaje y su nido activo en las labradas piedras. Languidecieron y espiraron. El pájaro es un ser incoercible: no dominamos su independencia sino haciéndole muy infeliz.

\* \*

¿Qué instinto los lleva á emigrar? ¡Ley singularísima y providente! En las vigas, en el voladizo de las solanas, veo el nido de golondrina vacío, seco, abandonado. Las inquilinas de esa cajita de briznas y hojuelas están en el Africa ahora. ¡Ellas felices! Cuando la lluvia y el viento hacen crujir los cristales y el suelo se encharca, ¿quién no envidia á las aves que podrán posarse en las palmeras y nadar en el azul sin límites? Acuden á la memoria los versos de Zorrilla:

Tomó un esposo la golondrina  
y un nido en Cádiz le construyó...

\* \*

Todas estas son, en plata, soledades del Africa, que me han quedado desde que estuve tan cerca de ella que con unas horas de vapor podía plantarme en Tánger y respirar el aire de otra parte del mundo. Desde este viaje conozco que me ha nacido en la imaginación una palmera y que se me han bañado en sol hasta las últimas celdillas del cerebro. Y hablo de la tierra recorrida como si antes de haberla visitado yo no existiese.

\* \*

Una impresión de las mejores es Gerona. A la idea de este pueblo van unidos dos recuerdos literarios: uno, el del *Episodio nacional* del mismo título; otro, el del drama también de Pérez Galdós, fundado en ese episodio, que estrenó Vico en el Español — si no me engaño — y que recibió el público con disgusto marcado. Después de haber visitado en Figueras la prisión de Alvarez de Castro — cuya noble figura está bien dibujada en el *Episodio*, — gustábame ver el pueblo que defendió aquel valiente español del antiguo cuño; quería recorrer la ciudad generosa, que puesta á la boca de España supo detener al enemigo. Estas cosas, actualmente, despiertan tan raros sentimientos, provocan un estado de ánimo tan especial, que puedo decir que mi viaje ha tenido dos caras, una riente, de alegría y disipación del espíritu, en lo que puedo llamar la parte africana de España, donde el cielo y el suelo juntamente fueron una fiesta para mis ojos; otra, de nostalgia y melancolía y de esa contemplación triste que Schopenhauer califica de sana, pues en ella la medida de la salud la da el dolor. Y es muy cierto; en tales tristezas lo que sufre es lo mejor y lo más intacto del alma, y la lepra del indiferentismo se conoce en que el espíritu permanece insensible al cauterio de la vergüenza. De corcho sería yo si pasase por Figueras y Gerona con iguales impresiones que por Alicante y Murcia, recreándome en el paisaje y con los sentidos abiertos solamente á la magia del color y á lo pintoresco del cuadro.

¡Inolvidable Gerona! Es exactamente cual yo la veía en mi magín, al figurarme el canto homérico de la defensa. Fuí á la Catedral sin guía, y al punto acerté con ella y con su interminable escalinata. En el claustro, de románica traza, un canónigo, luciendo la elegante vestimenta de seda carmesí, leía en su libro de rezo, á la luz que penetraba por las arcadas y la puerta que encuadraba un fondo de montaña azul, y en primer término el campanario de San Fé-

lix flanqueado de negros cipreses. Parecíame estar en alguna pensativa *Certosa* italiana.

Ya las callejuelas de Gerona me habían recordado á Venecia, en su parte que podemos llamar *terrestre*, donde no hay canales para las góndolas. Los que escriben de Gerona suelen expresar este mismo concepto. La ciudad es pintoresca en grado sumo, con sus luengos soportales misteriosos, sus calles en cuesta, donde no penetra el sol, sus plazuelas desiertas, de un romanticismo grave, español, que pide á gritos el chamberg y el manto y la tizona y la estocada. El telón de fondo, severo, montañoso; los puentes que parecen capricho de escenografía; el dardo de las edificaciones; la Catedral encerrada, casi oculta, que de pronto desarrolla la inmensa gradería de ochenta y seis peldaños... Sugestión para la fantasía, que ya no la necesitaba, bastándole los ecos de bronce con que aquí retumba la historia.

De antiquísima fundación es Gerona, y puede decirse que al través de los siglos ha vivido siempre arma al brazo. Situada en la vía militar romana, sufrió la repercusión del duelo entre Cartago y la república latina, que se venían aquí á ajustar sus embrolladas cuentas. No se romanizó tanto como Tarragona, y cosa rara, tuvo un golpe de debilidad con los moros, á quienes abrió sus puertas, sus puertas siempre terribles para el sitiador. No la cogió en tan buen momento Felipe el Atrevido, el cual *no la pot aver per forsa, més per fam...*

¡Cosa digna de recordarse! Esta ciudad que había de poner á los ejércitos de Francia la ceniza en la frente, ¡fué francesa largos años!, hasta que las rojas barras de Vifredo el Velloso, estampándose en su escudo, la agregaron al condado de Barcelona.

Aparte del claustro, la Catedral no me atraía por belleza de la arquitectura, sino únicamente por haber sido el centro espiritual, el foco ardoroso del heroísmo gerundense. El frontis, que ha sido comparado con gran exactitud á una estatua gótica con sombrero de tres picos, no merece elogios. Interiormente sí, es la Catedral de grandes proporciones y traza elegantísima. En el fondo, tres rosetones simbolizan la Trinidad. Sobre la puerta de la sacristía existe un sepulcro que evoca una tragedia: es el de Ramón Berenguer *Cap de estopa*, asesinado en una cacería. ¡Cuántos comentarios, qué terror y qué compasión habrá suscitado entonces este suceso! Hoy es preciso buscarlo en las crónicas, y aun así no nos conmueve. Sería necesario, para sentirlo, ponerle música de Wagner.

\* \*

El canónigo de ropaje carmesí, que leía con tanta atención su librito de oraciones, en la paz de aquel claustro medioeval, accedió á mis ruegos de que se me permitiese ver las joyas del Tesoro, especialmente la cruz procesional, que ya conocía desde la Exposición de arte retrospectivo, tan bien organizada bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo, durante el Centenario de Colón, último alarde de nuestra fenecida gloria. Entre otros trabajos de no tanto mérito, logré volver á admirar la soberbia cruz, de esmaltes góticos, enriquecida con perlas. Después invertí más de una hora en la Catedral, sin mirarla: sentada en un banco, recogiendo mi espíritu, no sé si con verdadera religiosidad, ó sólo con patriotismo doloroso que de religiosidad se vestía. Érame imposible establecer la línea divisoria entre estos dos sentimientos. ¡De tal suerte nos han acostumbrado á identificarlos! Nuestra triste época, que lo desintegra todo, va aislando ya la patria de la religión. No era así cuando llovían sobre Gerona las granadas francesas. ¡Cuántas veces se habrá agolpado en la nave que yo veía solitaria, la población que no sabía rendirse, tomando al cielo por testigo de que merecían la protección divina y de que la patria es otra forma de la fe y de la energía moral que engrandece á los pueblos!

No eran de color de rosa mis ideas allí en el banco, entre la penumbra que la tarde al avanzar comenzaba á extender por la nave de la Catedral gerundense. Quería surgir la esperanza como surge la elegante y erguida flecha de San Félix, que se ve en Gerona desde todos lados; y pensando en que allí encontró honrosa sepultura el ínclito defensor de Gerona, se me ocurrió cuán difícil sería acertar hoy con el hombre digno de que en su tumba se escribiesen frases del expresivo epitafio de Alvarez de Castro:

hic vir, hic est heros,  
nullum moriturus in ovum.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### EXCURSIONES

¿Os acordáis, en esta época del año, de los pajariños? No es tan rigurosa aquí la estación como en los países del Norte, donde cae la nieve á copos y viste de escarchada blancura la campiña: nosotros disfrutamos de un invierno casi dulce, húmedo sí, pero sin rigores propiamente dichos, y así y todo los pájaros sufren en la estación presente, y se les ve desaparecer de día en día, sin que sus pitfos de alborozo se escuchen ni aun en los sitios donde más suelen bullir durante el verano.

Sobre la tierra endurecida por la helada se posan á veces, con vivos movimientos de la cola y la cabe-cita, sacando el cuello, saltando más lejos si su vista perspicaz descubre un gusano ó una larva dormida entre la hierba. Después, recelosos, suben de nuevo á las desnudas ramas de las acacias. Allí se juzgan en salvo. Y tienen razón: acá no se conocen las escopetas. Ni hay cazadores, ni tiene el pájaro enemigos. Ni aun con liga los cogemos. ¿Para qué?

\* \*

Hace unos meses, en la torre que todavía no se habita, hizo nido (confundiéndola sin duda con unas ruinas) una familia de lechuzos. *Curuxas* les llaman